

Foto fija de José Manuel Arango

JOSÉ PÉREZ OLIVARES



El 15 de abril del presente año Francisco José Cruz, poeta sevillano y director de la revista *Palimpsesto*, publicó en su web un poema del antioqueño José Manuel Arango. El poema vino precedido de un breve, aunque sentido comentario titulado “A los quince años de la muerte de José Manuel Arango”, en el que se hace referencia a la antología que Fran le había publicado en la colección *Palimpsesto*, donde también ha publicado a otros insignes poetas latinoamericanos.

Preparada por el mismo autor, la antología “que sólo por unas semanas, desgraciadamente —explica el poeta sevillano— no llegó a ver editada” tiene un sugerente título: *La sombra de la mano en el muro*. Y el poema al que hacemos referencia pertenece a su último poemario, *Montañas* (1995). Se titula “Baila conmigo, muchacha”, texto que yo desconocía y que me causó un gran impacto por dos razones: la primera, porque ignoraba la muerte del amigo paisa, a quien dejé de ver en 1996 cuando la señora Paredes —funcionaria de inmigración— haciendo honor a su ilustre apellido me negó a rajatabla un año más de visado en Colombia. Dicen que justificó su medida segregando una sonora estupidez: que nosotros, los escritores y artistas cubanos, éramos poco menos que “balseros culturales”. Bien anda este mundo con funcionarios que se dedican a levantar paredes entre los pueblos.

La segunda razón, porque se trata de un hermoso texto donde el poeta pone en acción algunos de los recursos característicos de su personalidad poética.

Mirada y fantasía

Como otros muchos poemas de Arango, “Baila conmigo, muchacha” parece estar resuelto de un golpe. Contiene el fagonazo deslumbrante de sus mejores poemas, que le permite descargar en él todo el peso de una rica y

sustancial subjetividad. Al poeta le bastan dos o tres elementos externos —el pelo “casi azul” y los “largos ojos chispeantes” de una muchacha que baila— para construir un retrato creíble y a la vez lírico de una desconocida, o lo que es igual, la historia que sobre ella teje el hombre de mediana edad que la contempla en medio de una fiesta en la que todos bailan, menos él. El sujeto sólo bebe y mira. Y su mirada la describe ejecutando un baile, viendo “girar las esbeltas caderas” y sacudiendo “los hombros desnudos” mientras el mirón la escudriña con cierto desamparado placer. Un placer voyerista.

Caben aquí dos posibles alternativas: pensar que el sujeto lírico es el propio Arango, que solitario y sin pareja fijó sus ojos en una chica colombiana, inmortalizándola luego en su poema. O bien la historia es una invención y el hecho no ocurrió jamás. Pero si ocurrió, bien pudo haber tenido lugar hace tantos años que nadie —ni siquiera la chica, convertida hoy en madre o abuela— lo recuerda. ¿Pero cómo iba a pensar aquella chica que un poeta la miraba de la manera en que los poetas miran a quienes se proponen hacer trascender en su obra? Así trabaja la poesía, con residuos de vivencias (propias y ajenas) y con la clarividencia de sus invenciones (sobre todo de sus invenciones). Será por eso que Pessoa dijo que el poeta era un fingidor.

Añade Arango: “He estado con el vaso en la mano / morosamente viéndola bailar”. Y ya no es el poeta José Manuel Arango quien mira, sino nosotros los que miramos con sus ojos a esa muchacha, a la que podemos imaginar como queramos: morena, rubia, pelirroja, detalles que no constituyen lo esencial, sino la acción. Y la sensualidad que esta desata en la muchacha con la gracia de sus movimientos, pero también con la ferocidad lúbrica que emana de ellos. Frente al hombre casi fantasmagórico que la contempla, la muchacha se convierte en algo inalcanzable.

En la obra de Arango hallamos mucha poesía erótica. La mujer y su cuerpo —pero sobre todo el misterio del tránsito de la infancia a la adolescencia, y de esta a la madurez— resultan temas recurrentes. De *Signos* (1978), su segundo libro, rescatamos estos versos: “la noche en que tu lecho de niña / y señalado con un trazo de sangre / en una adolescente milagrosa / despertaste

transfigurada”. Para resaltar el acto amoroso de la pareja, Arango se reserva estos otros versos: “bajo mi cuerpo crece / incontenible / su cuerpo”. Y en ellos sentimos el jadeo y la intensidad del amor, su quemadura. Los poemas eróticos de Arango trascienden siempre toda intención retórica para dejarnos solo textos en los que el deseo y el acto de posesión llevan la voz cantante. Así, hasta lo divino se transforma en sustancia femenina. En el poema “Pensamientos de un viejo”, Dios se convierte en muchacha: “la muchacha de las muchachas”. Pero este toque de irreverencia valida la intención del poeta que convierte en símbolo bíblico “esos senos duros, erectos” de la adolescente que camina por la calle: “Es Eva, grávida ya de Caín”, nos explica. Si versos como estos no forman parte de lo real maravilloso, admito ignorar entonces el término.

Foto fija

Tengo en la memoria una foto fija de mi amigo José Manuel Arango. Lo conocí durante el Cuarto Festival de Poesía en Medellín (1994), el emblemático evento paisa que nos hizo vivir a todos una experiencia tan inusual como inolvidable. A mí, por ejemplo, me hizo sentir como si fuera Maradona. Que la gente me rodeara pidiéndome un autógrafo, no es algo que me ocurra a diario. ¿Acaso no es esto también otro ejemplo de la forma en que se manifiesta en nuestras *repúblicas dolorosas* lo real maravilloso? Carpentier decía que lo real maravilloso era la historia misma de América Latina.

Un mediodía de esa inolvidable semana, Arango me llamó por teléfono y quedamos. Lo esperé en los bajos del hotel, pero quien acudió a la cita fue un amigo suyo, a quien tampoco conocía. Me condujo casi clandestinamente por calles atestadas de merolicos y vendedores de fritangas hasta un bar que quedaba cerca de La Playa con la Oriental, donde me aguardaba el poeta, aquel poeta al que ni conocía, ni había visto jamás y, por supuesto, tampoco había leído nunca. Siendo latinoamericanos, es tal nuestra ignorancia recíproca que no ceso de mover compasivamente mi cabeza mientras redacto estas líneas. Curiosamente, él sí me había leído. Y esa era la excusa del encuentro: conocernos.

El emisario —así lo llamo— me presentó a Arango, quien después de un estrechón de

•
Su poesía es toda ojos, toda observación y reflexión. Una incansable maquinaria de creación que elabora y reelabora toda la materia prima procedente de la realidad.
..... •

manos me llevó (más bien me arrastró en su afecto) a una mesa para tomarnos una cerveza. Nos la bebimos en silencio. O mejor dicho, creo recordar que el único que hablaba sin parar era yo porque José Manuel bebía y escuchaba sin decir nada. O casi nada, “que no es lo mismo pero es igual”. Fue aquel un encuentro muy raro. Tres hombres bebiendo cerveza y dos que callaban. Esa es la foto fija a la que me refiero: la de un poeta que bebe y escucha en completo silencio lo que yo digo, seguramente cosas sin ninguna importancia.

Más allá de la foto fija

En la poesía de José Manuel Arango hallamos distintas direcciones: una que apunta hacia el lenguaje y la escritura como fin de algunos temas recurrentes. Otra que dirige la mirada hacia el paisaje (la ciudad y el campo). Otra que analiza el paso del tiempo y la fugacidad de cuanto nos rodea, como se aprecia en el texto en prosa “Aviso”, en el que la terquedad de la naturaleza y sus elementos acaban sobreimponiéndose a la obra humana.

Pero el elemento principal de la obra de Arango es el ser humano, la gente humilde y desheredada, los clásicos *damnés de la terre* que decía Frantz Fanon: ciegos, borrachos, *clochards*, soldados casi niños, y sobre todo gente que huye. Gente que muere. Gente que amanece asesinada en un mundo de sombras feroces. Y nucleando todo ese acontecer la ciudad nocturna con su “Casta Diva, che inargenti” alumbrando su poesía. Seguramente la fuerza que estalla en la obra poética de Arango proviene de su muy cuidada y particular sintaxis en la que ningún elemento sobra. Su poesía es toda ojos, toda observación y reflexión. Una incansable maquinaria de creación que elabora y reelabora toda la materia

prima procedente de la realidad. Y a través de esa síntesis —que pocas veces rompe— transcurre el hecho vital con una oscura vibración: “Está bien. / Ha sido otro día / que robo a la muerte”.

Aun así, con esas oscuridades que marcan su poesía, José Manuel Arango nos ofrece también una extensa zona de luz. Zona alumbrada por el sol donde las flores se abren y el poeta disfruta de su agradable visión y de su aroma. La belleza del paisaje antioqueño queda tipificada por las montañas, imagen frecuente de sus versos a la que dedica poemas de gran intensidad. Para este redactor, pocos textos poéticos dedicados a la luz y al astro rey arrastran la implacable luminosidad y belleza de “Himno al sol”, donde se conjugan todos los elementos característicos de su poesía: fuerza en imagen, poder de síntesis, voluntad descriptiva, lirismo y capacidad de invención.

Apuntes finales

Quizás “Baila conmigo, muchacha” resulte uno de los poemas más sintomáticos de la necesidad comunicativa de José Manuel Arango, de su franca disposición hacia el entorno humano. Esa muchacha, en el poema, simboliza un ideal no resuelto, inalcanzable para quien está situado en un orbe distinto y no encuentra otra vía de acceso a este que a través de la palabra. En la foto fija de mi recuerdo se despliega el silencio de Arango en toda su magnitud. Bebe, pero apenas habla. Intenta comunicarse conmigo así, a través de un silencio expectante, profundo, algo desolado. Bebe y vuelve a beber de esa interminable, angustiosa botella de cerveza en un mediodía infinito y luminoso, casi blanco de tanta luz, como una foto en blanco y negro a la que faltara, quizás, el medio tono para ser la *total* realidad.

Extraordinario poema “Baila conmigo, muchacha”. Es casi una tesis sobre la soledad del poeta y su necesidad de comunicación. ■

.....
José Pérez Olivares (Cuba)

Poeta, pintor y profesor de Artes Plásticas. Su obra poética consta, entre otros, de los libros *Papeles personales* (1985); *A imagen y semejanza* (1987); *Me llamo Antoine Doinel* (1992); *Proyecto para tiempos futuros* (1993); *Cristo entrando en Bruselas* (1994); *Lapislázuli* (1999); *El rostro y la máscara* (2000); *Últimos instantes de la víctima* (2001); *Los poemas del Rey David* (2008) y *A la mano zurda* (2014). Su obra ha sido galardonada con los premios Jaime Gil de Biedma (1991), Rafael Alberti (1993), Renacimiento (1998) y más recientemente con el IV Premio Iberoamericano de Poesía Hermanos Machado (2014).